

ESE VIEJO GOBIERNO DE DIFUNTOS Y FLORES: EL PATRIARCA EN SU OTOÑO

Sin duda alguna, una de las épocas más interesantes de la vida de García Márquez es el periodo que va desde la publicación de *El otoño del patriarca*, en 1975, a la concesión del premio Nobel de Literatura, en 1982. En esa etapa se consolida su amistad con Fidel Castro y, en menor escala, con otros presidentes de países europeos y americanos. En Cuba, el panorama cultural adquiere nuevos vuelos, lejos ya del primer mazazo a la revolución que supuso el *caso Padilla*, y superado el «quinquenio gris» —los primeros setenta—, donde se publicaron bastantes obras de poca calidad. Es el momento en que se crea el Ministerio de Cultura, cuyo primer titular será Armando Hart, uno de los hombres fuertes del régimen desde los primeros años. Con esa institución, Cuba programará una estrategia para fomentar el incremento del patrimonio cultural. Políticamente, culmina la inserción en el bloque soviético mediante la aprobación de una Constitución basada en un 32 por 100 en el modelo de Stalin de 1936¹, y que fue aceptada en referéndum por el 95 por 100 de los votantes cubanos en 1976.

¹ Datos ofrecidos por el excelente estudio de Leonel-Antonio de la Cuesta, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Ediciones Exilio, Nueva York, 1974.

En el terreno económico, la década de los setenta comienza con el fracaso de la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar, plan alentado por Castro para reactivar la economía general del país, que se quedó en 8,5 millones y que hizo descuidar la producción de una gran cantidad de productos de primera necesidad. Para contrarrestar esta situación, la URSS comienza a mandar, a partir de la mitad de la década de los setenta, una ayuda anual de 4.000 millones de dólares, a lo que hay que sumar los beneficios generados por el macroprecio del azúcar y el níquel exportados por Cuba a los países del Este, más los precios irrisorios del petróleo recibido, del que una parte se utiliza para el consumo y otra para la reventa en el mercado mundial a precios internacionales. A todo esto hay que añadir los 300 millones de dólares en créditos de los países occidentales desde fines de los sesenta hasta esos años. Por último, un Castro reforzado emerge desde las bambalinas, ya que, a partir de ahora, concentrará una cantidad de poder hasta entonces impensable: será el presidente del Consejo de Estado, continuará siendo jefe supremo de las Fuerzas Armadas (con estos dos cargos puede asumir la dirección de cualquier organismo central, a la vez que fiscaliza el sistema judicial y el trabajo de los órganos del poder popular), preside el Consejo de Ministros y el Comité del Consejo de Ministros (habilitado este último para resolver cuestiones urgentes sin veto alguno de poder), y es el primer secretario del Partido Comunista de Cuba (partido único que posee todo el poder político de la isla), como lo era desde los comienzos de la revolución. Para sellar el sistema y poner la contratuera, Raúl Castro (su hermano) se consolida como número dos del régimen al aparecer como segundo en jerarquía en cada uno de los órganos mencionados².

Constituido, entonces, Castro como patriarca plenipotenciario y omnipresente en un país cuya recuperación es alentada desde los países del Este y los países occidentales (excepto Estados Unidos) en

² Algunos de estos datos han sido extraídos del artículo de Pío E. Serrano, «De la revolución al modelo totalitario (1959-1998)», en VV.AA., *Cien años de historia de Cuba (1898-1998)*, Verbum, Madrid, 2000, págs. 239-240.

términos que cubren, sin vacilar, la situación de una organización en la gestión propia y un énfasis en la ciencia económica del azúcar y la posterior apertura de nuevas normas de mercadería de *El otoño* de un momento definitivo.

Un día de marzo de papel firmado por el latinoamericano que de la noche de las abiertas hasta que Eso ocurrió haciéndose en otros países novela desde 1960, la visión esperada con el medio mundo. En lengua española, la ría de militares norteamericanos en vías de extinción de acontecimientos más y sus menos naron en 1971? El intenso para la novela Cuba en esa etapa, aunque alguna parte del 10 de julio de 1967 del 67 y principio de la novela anterior, p

³ Pedro Sorela, o

términos que cualquier otro país del Tercer Mundo hubiera firmado sin vacilar, la situación de la isla mejora ostensiblemente, gracias a una organización económica más eficiente, una mayor racionalidad en la gestión productiva, una utilización más eficaz de las inversiones y un énfasis en el entrenamiento gerencial, un predominio de la conciencia económica sobre la política, una mejora de los precios del azúcar y la postergación del pago de la deuda a la URSS junto con la apertura de nuevos préstamos y la circulación de créditos de las economías de mercado. En esas circunstancias se produce la publicación de *El otoño del patriarca* (1975) por el colombiano y el acercamiento definitivo a las barbas del poder insular.

Un día de mayo de 1975 las librerías de toda Colombia se llenan de papel firmado por Gabo, que cuenta la historia de un dictador latinoamericano que acaba de morir. Ese mismo día, como si se tratara de la noche de Navidad o Reyes Magos, las tiendas permanecen abiertas hasta que los cientos de miles de ejemplares desaparecen. Eso ocurrió hacia las diez de la noche³. Más tarde pasará algo parecido en otros países del entorno hispánico. Gabo no publicaba una novela desde 1967, *Cien años de soledad*. Era, por lo tanto, una ocasión esperada con ansiedad no solo por los colombianos, sino por medio mundo. El autor de la novela más apreciada del siglo XX en lengua española, después de ocho años, publicaba una nueva historia de militares macondianos, caribeños, jefes de Estado, poderosos en vías de extinción. Pero ¿qué hubo antes de esa fecha, entre los acontecimientos ya referidos de la invasión checa, donde tuvo sus más y sus menos con Fidel, y los sucesos del caso Padilla, que terminaron en 1971? Fueron años de periodismo militante y de estudio intenso para la recreación histórica del dictador. Nunca estuvo en Cuba en esa etapa, ni en los sesenta después de su trabajo en Prela, aunque alguna publicación, como *Expreso* de Lima, en su edición del 10 de julio de 1975, afirmara que hizo un viaje a la isla a fines del 67 y principios del 68. Se supone que habría sido para presentar su novela anterior, pero no queda constancia en los periódicos cubanos

³ Pedro Sorela, ob. cit., pág. 233.

de esos años ningún viaje de Gabo a la isla. Amigos muy vinculados al escritor, como Roberto Fernández Retamar, presidente de la Casa de las Américas, o Dasso Saldívar, biógrafo de Gabo, nos han insistido en sendas entrevistas personales sobre esa larga ausencia del colombiano desde los primeros sesenta hasta el mismo año 1975⁴. Pues bien, entre *Padilla* y el primer viaje de 1975 hay que destacar dos momentos importantes de acercamiento a las simpatías ideológicas de la revolución: la defensa de Allende y la crítica a Pinochet, y la participación en la revista *Alternativa*.

Allende fue el primer líder de izquierda radical que gana unas elecciones en América latina. Hasta entonces, todos los presidentes socialistas o comunistas habían llegado al poder, como Fidel Castro, por las armas. Este hecho produjo un estallido de optimismo en la izquierda latinoamericana, que vio abiertas las puertas a la posible disolución del terrorismo imperialista de Estados Unidos en los países de *Nuestra América*, gracias al frente Norte-Sur que se inauguraba en los setenta con la consolidación del régimen de Castro y el triunfo de la izquierda en el cono Sur. Desgraciadamente para las perspectivas de la izquierda, esas esperanzas tuvieron una corta vida, debido al golpe de Estado de Pinochet en 1973, que terminó con la vida del presidente comunista y del régimen chileno.

En ese momento, un García Márquez comprometido desde siempre con la izquierda latinoamericana dio el do de pecho, estrelló el puño contra la mesa y decidió convertirse en un político activo, desde su pantalla de escritor de fama. Al enterarse del bombardeo del palacio de la Moneda, tomó la firme decisión de no publicar más obras de ficción hasta que cayera el nuevo dictador (decisión que hizo pública en 1975, nada más publicar la novela sobre el dictador donde deseaba ridiculizar la figura de Pinochet y otros patriarcas latinoamericanos), e incluso se tomó la molestia de escribirle un telegrama, no precisamente de felicitación: «El pueblo chileno —escribía el colombiano— no permitirá jamás que lo gobierne una pandilla de

⁴ Dasso Saldívar rescata de sus archivos otro viaje, en 1973, pero muy corto y sin repercusiones para el colombiano.

criminales con
americano»⁵.

En 1974, u
vo que, desde
no, publicó el
pero que tuvo
tas. En las prin
que Estados U
Allende, y con
con el envío d
que en Chile y
alimentos. Tam
que por aquell
zándose con el
ranza para ese
las amenazas c
mandato de Pi
tantes del prem
ciada (1981) y
otra novela de
neral en su labe
bierno de Pino
llevar hasta las
«De una maner
siempre una po
activa, mucho
conciencia, a pa
momento, y fran
considerar que
tante de lo que
Latina fue toda

⁵ Pedro Sorela, o

⁶ Gabriel García
1974, págs. 20 y 21.

criminales como ustedes, que están a sueldo del imperialismo norteamericano»⁵.

En 1974, urgido por la necesidad de contrarrestar el efecto nocivo que, desde su punto de vista, estaba generando el régimen chileno, publicó el libro *Chile, el golpe y los gringos*, obra poco conocida pero que tuvo una gran difusión en aquellos años de aguas turbulentas. En las primeras páginas hablaba con mucha fuerza del bloqueo que Estados Unidos había impuesto sobre Chile en la época de Allende, y cómo Cuba había colaborado para ayudar al país amigo con el envío de un barco de azúcar gratis, justo en el momento en que en Chile ya había manifestaciones populares por la carencia de alimentos. También hablaba con términos harto elogiosos de la visita que por aquellas fechas había hecho Fidel Castro a Chile, solidarizándose con el régimen de Allende y lanzando un mensaje de esperanza para ese pueblo que sufría carencias patentes⁶. A Dios gracias, las amenazas de Gabo no se cumplieron, ya que durante el largo mandato de Pinochet nos han llegado dos de las obras más importantes del premio Nobel colombiano: *Crónica de una muerte anunciada* (1981) y *El amor en los tiempos del cólera* (1985), además de otra novela de menor importancia pero igualmente magistral, *El general en su laberinto* (1989), justo en los últimos estertores del gobierno de Pinochet. En 1975 decide «gastarse la fama en política», llevar hasta las últimas consecuencias su compromiso ideológico: «De una manera u otra —confesó más tarde—, creo haber tenido siempre una posición muy consecuente. Sin embargo, es mucho más activa, mucho más militante, probablemente por un problema de conciencia, a partir del golpe militar en Chile [...]. Entonces, en ese momento, y francamente por primera vez en toda mi vida, empecé a considerar que lo que yo tenía que hacer en política era más importante de lo que podía hacer en literatura». En un número de *Prensa Latina* fue todavía mucho más claro: «¿Qué hago con esta fama?

⁵ Pedro Sorela, ob. cit., pág. 240.

⁶ Gabriel García Márquez, *Chile, el golpe y los gringos*, Editorial Latina, Bogotá, 1974, págs. 20 y 21.

¡Coño! —me dije—. Me la gasto en política. Es decir, la pongo al servicio de la revolución latinoamericana»⁷. En el número 188 de *Alternativa*, de noviembre de 1978, contesta a una entrevista titulada «La realidad se ha vuelto populista». Al principio, todas las preguntas tienen carácter político, hasta que el entrevistador cambia de tercio, e interviene:

ALT: Bueno, basta de política. ¿Por qué no nos cuentas cómo va tu trabajo literario?

GGM: Sí, carajo, es que a ustedes se les olvida que yo lo que soy es un escritor. Y estoy tratando de encontrar tiempo para escribir. Sigo fiel a mi promesa de no volver a publicar ficción hasta que caiga Pinochet. Pero veinticuatro horas después de que caiga —y va a caer— publico un libro de cuentos de latinoamericanos en Europa en el que vengo trabajando hace tiempo [pág. 6].

Se refiere Gabo a los *Doce cuentos peregrinos*, que vieron la luz un poco más tarde de esas veinticuatro horas prometidas, ya que el libro se publicó en 1992. Pero ya hemos adelantado que hubo tres novelas en medio. De todas formas, todavía hay algunas alusiones en entrevistas de los ochenta. En 1983, cuando su obra *Crónica de una muerte anunciada* era un clásico, se defiende ante una pregunta sobre aquella antigua promesa: «Aquellas declaraciones las hice tras la publicación de *El otoño del patriarca*. Francamente, estaba furioso. Había estado siete años trabajando en ese libro, y lo primero que me preguntaron fue qué planes tenía para después de esa novela. Cuando me hacen semejantes preguntas invento toda clase de respuestas, lo que sea con tal de dejarlos contentos. En realidad, no tenía ningún plan inmediato de escribir otra novela, y esa respuesta eliminaba de paso aquella repugnante pregunta de las entrevistas posteriores»⁸. No se puede asegurar, por lo tanto, que su decisión hubiera sido tan firme. Quizá pensaba que Pinochet duraría menos.

⁷ Pedro Sorela, ob. cit., págs. 245-246.

⁸ En *Playboy*, marzo de 1983, pág. 26.

Algunos co
go Fidel. N
mor a equ
efecto pub
yó, por un
chileno, y p
obra poster
Crónica de
co impensa
res en todo
cerrar de oj
calzoncillos
ce semanas
solos donde
el pueblo»
posteriores,
nos, *La ave*
director de
de contenid
el mismo E
en 1987. Po
civilizado d
mentado es
orgullo, por
el efecto pro
visto o dese

El otro
«comprome
revista *Alte*
nombre, ser
que consigu
esa índole, h
a una existen

⁹ Pedro Sor

Algunos comentan que es un gran jugador de póquer, como su amigo Fidel. Nosotros no lo sabemos, pero esto puede llamarse, sin temor a equivocarnos, un gran farol. Lo que queda claro es que el efecto publicitario de su actitud fue enorme, lo cual quizá contribuyó, por un lado, a crear un ambiente contrario al régimen dictatorial chileno, y por otro, a generar una gran expectación con respecto a su obra posterior. Por eso, no es de extrañar que la primera edición de *Crónica de una muerte anunciada* (1981) marcara un récord histórico impensable, pues se lanzaron simultáneamente 999.999 ejemplares en todos los países de habla hispana, y se agotaron en un abrir y cerrar de ojos. Una obra que, como él mismo afirmó, fue escrita «en calzoncillos, de nueve de la mañana a tres de la tarde durante catorce semanas sin tregua, sudando a mares en la pensión de hombres solos donde vivió Bayardo San Román los seis meses que estuvo en el pueblo»⁹. Además, el efecto «antipinochet» tuvo repercusiones posteriores, al publicar en 1986 un nuevo libro sobre temas chilenos, *La aventura clandestina de Miguel Littin en Chile*, acerca de un director de cine que se introduce en el país para filmar una película de contenido crítico, obra que, junto con otras del mismo autor, el mismo Pinochet mandó quemar públicamente en Valparaíso en 1987. Por lo visto, un espectáculo semejante no se veía en el mundo civilizado desde los tiempos de Hitler. Posteriormente, Gabo ha comentado este peculiar acontecimiento con ironía, humor y cierto orgullo, por considerar que una decisión de ese calibre significa que el efecto producido por su obra ha traspasado los límites de lo previsto o deseado.

El otro aspecto al que hacíamos referencia como antecedente «comprometido» de la novela del dictador fue la participación en la revista *Alternativa*. En 1974 se funda en Bogotá la revista de ese nombre, semanario radical de izquierdas con información general, que consiguió romper el cerco clandestino de las publicaciones de esa índole, hasta entonces relegadas a la distribución casi personal y a una existencia efímera. Por fin una revista radical conquistaba los

⁹ Pedro Sorela, ob. cit., pág. 251.

quioscos colombianos, gracias a una financiación ciertamente «militante», pues muchos radicales aportaban buenas cantidades de dinero para que tuviera una presencia digna y dilatada. García Márquez apoyó desde el principio la iniciativa, encabezando el consejo de administración y publicando allí sus escritos más revolucionarios, algunos de los cuales, cómo no, sobrevolaban la isla y sus problemas. Títulos como «Cuba de cabo a rabo», «Los meses de tinieblas: El Che en el Congo», «Una nación entera en la escuela primaria», etc., parecían más bien textos apologeticos escritos por sobrevivientes de la Sierra Maestra que artículos de un periodista extranjero sin intereses nacionales. Con estas credenciales, el año de la publicación de *El otoño del patriarca* fue también el de la entrada paulatina, a pie firme, en Cuba, del hombre que, en cinco o seis años, iba a convertirse en el político sin cartera más poderoso de América latina, y quién sabe si también del mundo occidental.

PATRIARCAS DE LAS CUATRO ESTACIONES

La novela en la que Gabo estudia la figura del dictador está relacionada con su fascinación por el poder. En la lexicología posmoderna se suelen utilizar sintagmas como «erótica del poder» o «borrachera de poder» para denominar el vicio en el que incurre aquel que ha experimentado profundamente el placer de mandar en una institución cualquiera. Generalmente, los que han gobernado de un modo absoluto, no piensan en abandonar el poder, y se sienten muy cómodos en su papel de dueños de todo lo que les rodea, porque les permite ser arbitrarios y actuar con perfecta autodeterminación. Una atracción que se autoalimenta y es insaciable. García Márquez, que tiene un olfato especial para detectar animales políticos ávidos de poder, proyectó una obra que pudiera encarnar el prototipo de dictador eterno, y tardó casi veinte años en culminar el trabajo.

En un artículo del 30 de septiembre de 1981, titulado «Los idus de marzo», explica cómo se generó su fascinación por los secretos, miserias y grandezas del poder: «Mi preocupación por los misterios

del poder
la época er
ciencia cier
de 1958. El
Venezuela
go al amar
avión con u
ra, y en las
llevaba su c
Pocas hora
en Caracas
de los salor
oficial del E
con una am
conciliábulo
la puerta de
se fugó del
barro fresco
pal. Yo pad
so, como si
mi alma, con
poder. Unos
de evocarlos,
otoño del pa

En la en
le llamó la a
quién sería e
diera tratarse
la retirada c
acuerdo en l
contraalmira
creer que fue

¹⁰ Gabriel G
Mondadori, Mac

del poder tuvo origen en un episodio que presencié en Caracas por la época en que leí por primera vez *Los idus de marzo*, y ahora no sé a ciencia cierta cuál de las dos cosas ocurrió primero. Fue a principios de 1958. El general Marcos Pérez Jiménez, que había sido dictador de Venezuela durante diez años, se había fugado para Santo Domingo al amanecer. Sus ayudantes habían tenido que izarlo hasta el avión con una cuerda, pues nadie tuvo tiempo de colocar una escalera, y en las prisas de la huida olvidó su maletín de mano, en el cual llevaba su dinero de bolsillo: trece millones de dólares en efectivo. Pocas horas después, todos los periodistas extranjeros acreditados en Caracas esperábamos la constitución del nuevo Gobierno en uno de los salones suntuosos del palacio de Miraflores. De pronto, un oficial del Ejército en uniforme de campaña, cubriéndose la retirada con una ametralladora lista para disparar, abandonó la oficina de los conciliábulos y atravesó el salón suntuoso caminando hacia atrás. En la puerta del palacio encañonó un taxi, que le llevó al aeropuerto, y se fugó del país. Lo único que quedó de él fueron las huellas de barro fresco de sus botas en las alfombras perfectas del salón principal. Yo padecí una especie de deslumbramiento: de un modo confuso, como si una cápsula prohibida se hubiera reventado dentro de mi alma, comprendí que en aquel episodio estaba toda la esencia del poder. Unos quince años después, a partir de ese episodio y sin dejar de evocar, o sin dejar de evocar de un modo constante, escribí *El otoño del patriarca*¹⁰.

En la entrevista con Jon Lee Anderson, concreta que lo que más le llamó la atención de esa escena fue la rapidez con que decidió quién sería el sucesor, como si el poder, esa realidad tan sagrada, pudiera tratarse de un modo tan natural. «Pocos instantes después de la retirada del general —apunta Jon Lee— se había logrado un acuerdo en la habitación: el nuevo gobernante venezolano sería el contraalmirante Wolfgang Larrazábal.» Y Gabo señala: «No podía creer que fuese en esa forma en que se definiera el poder. En ese mo-

¹⁰ Gabriel García Márquez, «Los idus de marzo», en *Notas de Prensa (1980-1984)*, Mondadori, Madrid, 1991, págs. 162-163.

mento ocurrió algo»¹¹. En otra entrevista, concedida al diario *El País* en 1978, se produce el siguiente diálogo:

—Por último, me gustaría que explicase por qué le atraen tanto los dictadores, los hombres poderosos como Franco, Torrijos, Fidel...

—Torrijos, muerto de risa, me dijo muchas veces que lo que me ocurre es que tengo debilidad por los dictadores. Todo gobierno es un gobierno de clase, pero la personalidad de los individuos tiene una gran importancia, particularmente en América latina. Allí el caudillismo está dentro de la más pura tradición histórica y pasará mucho tiempo antes de que se pueda exterminar por completo. Eso no quiere decir que no se pueda hacer una revolución con su caudillo, de la misma forma que ustedes piensan, según parece, que la pueden hacer con un rey¹².

Pocos meses después de recibir el premio Nobel, en marzo de 1983, una revista tan literaria y cultural como *Playboy* publica una de las mejores y más extensas entrevistas realizadas al autor colombiano, la cual, por otro lado, es bastante poco conocida. Nosotros supimos que existía gracias a un colombiano con el que coincidimos en una recepción en Nueva York. Habíamos ido al Graduate Center de la City University of New York para impartir una conferencia, en un edificio maravilloso situado en la misma esquina de la calle 34 y la Quinta Avenida de Manhattan, justo enfrente del Empire State, y en el aperitivo que los anfitriones ofrecen después de este tipo de actos comentamos nuestro tema de investigación con este colombiano, que se encontraba realizando sus estudios de doctorado en esa universidad. Nos dio el dato, y nos pusimos a buscar el texto, lo cual no fue fácil, porque cuando preguntamos a la directora del departamento dónde podíamos encontrar números atrasados de *Playboy*, puso una cara de espanto. «No me imaginaba eso de vosotros», comentó impresionada. Cuando le aclaramos las intenciones, nos ayudó a buscar la sede en Nueva York, pero no fue posible acudir allí

¹¹ Jon Lee Anderson, art. cit., pág. 58.

¹² Alfonso Rentería, ob. cit., pág. 172.

porque ya había
Boston. Todavía
gos periodistas
no aparecía. Y e
las únicas imáge
meses alguien tu
la sede de *Playbo*
Barcelona, y a lo
cias a una gestión
presa. Pero solo
plar entero de l
pósteres interior
número) aparece

«PLAYBOY
borrador de
Cien años de
GARCÍA I
tres veces. La
recuerdos de
el proceso co
juzgado, por
de béisbol. L
rias de desar
El otoño del
monólogo in
Sin embargo,
pleto esa idea
los más impo
capar llevánd
por segunda
sión, en efect
dad. Así es qu
mente, no con
patriarca se pa
querido asegu

porque ya habían cerrado, y al día siguiente salíamos temprano para Boston. Todavía pasó algo más de un año, lanzando recados a amigos periodistas de Perú, Estados Unidos, Puerto Rico, pero el texto no aparecía. Y en la *web page* cualquiera puede adivinar cuáles son las únicas imágenes con las que uno se topa... hasta que hace unos meses alguien tuvo la «simpleza» de llamar al 1003 y preguntar por la sede de *Playboy* en España. Nos dieron un número de teléfono de Barcelona, y a los tres días el artículo estaba en nuestro poder, gracias a una gestión rápida del servicio de atención al cliente de la empresa. Pero solo nos enviaron el artículo, fotocopiado, y no el ejemplar entero de la revista, con su portada correspondiente y los pósteres interiores. Hacia el final de la entrevista (págs. 25 y 26 del número) aparece el siguiente diálogo:

«PLAYBOY»: Nos han contado que usted descartó el primer borrador de *El otoño del patriarca* porque parecía un epígono de *Cien años de soledad*. ¿Es cierto?

GARCÍA MÁRQUEZ: En parte es cierto. Intenté escribir la novela tres veces. La primera vez que lo hice, el argumento se basaba en mis recuerdos de La Habana de 1959. Había cubierto como periodista el proceso contra uno de los principales generales de Batista, que fue juzgado, por haber cometido crímenes de guerra, en un gran estadio de béisbol. Lo que a mí me interesaba eran las posibilidades literarias de desarrollar esa situación. Así que cuando empecé a escribir *El otoño del patriarca* pensé que su estructura podía basarse en el monólogo interior del protagonista sentado en medio del estadio. Sin embargo, poco después de empezar a escribir, descarté por completo esa idea. No era verosímil. Los dictadores latinoamericanos, los más importantes, o bien han muerto en la cama o han debido escapar llevándose grandes fortunas. Cuando decidí escribir la novela por segunda vez, lo hice en forma de biografía novelada, y esta versión, en efecto, se parecía mucho estilísticamente a *Cien años de soledad*. Así es que, con pesar, también tuve que descartarla. Sinceramente, no comprendo por qué tanta gente esperaba que *El otoño del patriarca* se pareciera a *Cien años de soledad*. Supongo que si hubiera querido asegurarme el éxito comercial, lo mejor que podría haber

hecho es continuar *Cien años de soledad* toda mi vida. Podría haber utilizado la típica triquiñuela de Hollywood: *El regreso del coronel Aureliano Buendía*. Finalmente decidí recurrir a una estructura basada en monólogos múltiples, lo que permite reflejar la vida del pueblo bajo la dictadura. Hay distintas voces que cuentan lo mismo desde perspectivas diferentes. Más tarde tuve que superar un nuevo obstáculo: yo nunca había vivido en un régimen dictatorial de viejo cuño. Para poder hacer la novela precisaba saber cómo era la vida diaria en países con dictaduras de muchos años. En la época en que escribía la novela había dos países de interés en este sentido: España y Portugal. Mercedes y yo decidimos, pues, trasladarnos a la España del franquismo, más concretamente a Barcelona. Pero una vez que estuvimos en España, comprobé que algo fallaba en la ambientación del libro, todo era demasiado frío. Así es que volvimos a mudarnos en busca de una mejor disposición para escribir la novela. Esta vez fuimos al Caribe, tras haber permanecido mucho tiempo lejos. Cuando llegamos a Colombia, algún periodista me preguntó: «¿Qué ha venido a hacer en su país?». A lo que respondí: «Quiero acordarme del olor de las guayabas». Después recorrimos todas las islas del Caribe, no para tomar notas, simplemente para vivir allí. De regreso a Barcelona reanudé la escritura del libro sin ningún esfuerzo.

De esa época queda un testimonio clarísimo de la obsesión con la que Gabo se había entregado a los abismos y misterios del poder. Cuenta su amigo Teodoro Petkoff que un día, en Barcelona, después de haber comentado el manuscrito, todavía no publicado, de *El otoño del patriarca*, salió a colación el «tema» de Franco. De repente, el colombiano dijo a Petkoff, pensativamente: «¿Qué será el poder? Es como si fuera una pelotica que algunos tienen en la mano y a la cual acarician constantemente»¹³.

García Márquez no escribe con prisa ni con superficialidad. Cada texto que da a las prensas es algo meditado, trabajado, decidido conscientemente, elaborado hasta la saciedad. Se sabe que *El co-*

¹³ Teodoro Petkoff, «Los tiempos de la izquierda», *Cambio.com*, 7-X-2002, pág. 1, en <<http://66.220.28.29/calle22/portada/articulos/81/>>.

ronel no tie
blicada la v
páginas uti
novela tan i
tereses pers
largo, de m
exponer una
poder absol
más eximios
miento que
ten sobre pe
recabar info
vía en activo
es Julio César
Thorton Wil
en ocasiones
del patriarca
miserias del
tal modo, qu
—explica—,
libros de text
y el drama de
ción que a la
gí en las fuer
incorregible
morias de gu
Otro pers
Edipo Rey, qu
gobierna un n
modo inexora
tino. El spac

¹⁴ Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, op. cit., pág. 162.

¹⁵ *Ibidem*, pág.

... toda mi vida. Podría haber
 ...wood: *El regreso del coronel*
 ... recurrir a una estructura ba-
 ... permite reflejar la vida del pue-
 ... que cuentan lo mismo des-
 ... que superar un nuevo
 ... régimen dictatorial de viejo
 ... sabía saber cómo era la vida
 ... años. En la época en que
 ... interés en este sentido: Espa-
 ... pues, trasladarnos a la España
 ... Barcelona. Pero una vez que
 ... fallaba en la ambientación
 ... es que volvimos a mudarnos
 ... a escribir la novela. Esta vez
 ... mucho tiempo lejos.
 ... periodista me preguntó: «¿Qué
 ... respondí: «Quiero acordar-
 ... recorrimos todas las islas del
 ... para vivir allí. De regreso
 ... sin ningún esfuerzo.

... rísimo de la obsesión con
 ... y misterios del poder.
 ... en Barcelona, después
 ... no publicado, de *El otoño*
 ... de Franco. De repente, el
 ... «¿Qué será el poder? Es
 ... en la mano y a la cual
 ... ni con superficialidad.
 ... trabajado, decidi-
 ... Se sabe que *El co-*

ronel no tiene quien le escriba tuvo once borradores antes de ser pu-
 blicada la versión definitiva, y también que para un cuento de once
 páginas utilizó quinientos folios. Por eso no extraña que, para una
 novela tan importante desde el punto de vista de sus obsesiones e in-
 tereses personales, políticos e ideológicos, recorriera un camino tan
 largo, de muchos años y redacciones múltiples. Porque se trata de
 exponer una completa radiografía del poder, más concretamente del
 poder absoluto y en soledad, tal como lo han vivido los dictadores
 más eximios. Para ello García Márquez se somete a un duro entrena-
 miento que consiste en leer biografías de dictadores, novelas que tra-
 ten sobre personajes que han ejercido el poder de modo absoluto, y
 recabar información sobre caudillos contemporáneos, algunos toda-
 vía en activo. De las fuentes clásicas, el personaje que más le interesa
 es Julio César. Uno de los libros que más le ayudó fue la novela de
 Thornton Wilder *Los idus de marzo*, con la que trabajó varias veces y
 en ocasiones diferentes, sobre todo para la redacción de *El otoño*
del patriarca, «como una fuente deslumbrante de la grandeza y las
 miserias del poder»¹⁴. Pero esa personalidad histórica le sedujo de
 tal modo, que indagó en otras fuentes: «Antes de *Los idus de marzo*
 —explica—, lo único que yo había leído sobre Julio César eran los
 libros de texto del bachillerato, escritos por los hermanos cristianos,
 y el drama de Shakespeare, que, al parecer, le debe más a la imagina-
 ción que a la realidad histórica. Pero a partir de entonces me sumer-
 gí en las fuentes fundamentales: el inevitable Plutarco, el chismoso
 incorregible Suetonio, el árido Carcopino y los comentarios y me-
 morias de guerra del propio Julio César»¹⁵.

Otro personaje clásico que está presente en el dictador caribeño es
 Edipo Rey, que conecta con el patriarca en múltiples aspectos: Edipo
 gobierna un mundo cerrado donde los acontecimientos ocurren de un
 modo inexorable, y el hombre acaba siendo víctima de su propio des-
 tino. El espacio real de Tebas, recreado magistralmente por Sófocles,

¹⁴ Gabriel García Márquez, «Los idus de marzo», en *Notas de prensa (1980-1984)*,
 ob. cit., pág. 162.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 163.

se convierte en un lugar mítico indefinido, dispuesto a ser testigo de la conclusión trágica. Además, el pueblo aparece como anónimo y despersonalizado, una masa que representa más bien un coro de voces. «Como si fuera un corifeo griego. Aunque los moldes narrativos utilizados son bien diferentes, como corresponde a épocas muy distantes en la creación literaria, ambas obras participan del mismo espíritu: la dialéctica entre el poder supremo, representado por un solo individuo, y el pueblo, ejemplificado en el anonimato de la muchedumbre»¹⁶.

Sin embargo, las fuentes más importantes se mueven en el ámbito latino y en la época actual. Comenzando por figuras como Moctezuma, Juan Manuel Rosas, etc., los dictadores más familiares son los que él mismo reconoce como fuentes inmediatas: «Mi experiencia de escritor —advierte en un artículo del verano de 1981— más difícil fue la preparación de *El otoño del patriarca*. Durante casi diez años leí todo lo que me fue posible sobre los dictadores en América latina, y en especial del Caribe, con el propósito de que el libro que pensaba escribir se pareciera lo menos posible a la realidad. Cada paso era una desilusión. La intuición de Juan Vicente Gómez era mucho más penetrante que una facultad adivinatoria. El doctor Duvalier, en Haití, había hecho exterminar los perros negros en el país, porque uno de sus enemigos, tratando de escapar de la persecución del tirano, se había escabullido de su condición humana y se había convertido en perro negro. El doctor Francia, cuyo prestigio de filósofo era tan extenso que mereció un estudio de Carlyle, cerró a la República del Paraguay como si fuera una casa, y solo dejó abierta una ventana para que entrara el correo. Antonio López de Santana enterró su propia pierna en funerales espléndidos. La mano cortada de Lope de Aguirre navegó río abajo durante varios días, y quienes la veían pasar se estremecían de horror, pensando que aun en aquel estado aquella mano asesina podía blandir un puñal. Anastasio Somoza García, en Nicaragua, tenía en el patio de su casa un jardín

¹⁶ José Manuel Camacho Delgado, *Césares, tiranos y santos en «El otoño del patriarca»*. La falsa biografía del guerrero, Diputación Provincial, Sevilla, 1997, pág. 142. Algunas de las ideas anteriores han sido extraídas de la misma fuente.

zoológico de
ras, y en el
cerrados su
Salvador, h
país, para
un péndulo
riguar si no
América lat
el corazón,
destino, y ta
lo mejor que

En fin, a
en la Repúb
Díaz en Mé
en Perú o M
cas de las cu
y descansab
poder, otros
permanecía
otoño partic
del festín de
no, casi con
guntas que Á
términos:

AH:
rios señ
didez y
pectiva
produjo
GGI
del proc

¹⁷ Gabriel G
Prensa (1980-198

zoológico con jaulas de dos compartimentos: en uno estaban las fieras, y en el otro, separado apenas por una reja de hierro, estaban encerrados sus enemigos políticos. Martines, el dictador teósofo de El Salvador, hizo forrar con papel rojo todo el alumbrado público del país, para combatir una epidemia de sarampión, y había inventado un péndulo que ponía sobre los alimentos antes de comer, para averiguar si no estaban envenenados [...]. En síntesis, los escritores de América latina y el Caribe tenemos que reconocer, con la mano en el corazón, que la realidad es mejor escritor que nosotros. Nuestro destino, y tal vez nuestra gloria, es tratar de imitarla con humildad, y lo mejor que nos sea posible»¹⁷.

En fin, a esta lista podrían añadirse Melgarejo en Bolivia, Trujillo en la República Dominicana, Machado o Batista en Cuba, Porfirio Díaz en México, Estrada Cabrera en Guatemala, Óscar Benavides en Perú o Maximiliano Hernández en El Salvador, es decir, patriarcas de las cuatro estaciones: algunos ya habían concluido su invierno y descansaban en una tumba, otros comenzaban su primavera de poder, otros se encontraban en el apogeo del verano y había quienes permanecían todavía, después de largos años de gobierno, en su otoño particular. En cuanto a Franco, no dudó en hacerle partícipe del festín de tiranos, siendo testigo de su otoño y de su largo invierno, casi confundido con la eternidad. En 1978 contesta a las preguntas que Ángel Harguindey le hace para *El País* en los siguientes términos:

AH: Casi con unanimidad todos los comentarios y críticos literarios señalaron que la realidad de la muerte de Franco superó en sorpresividad y dramatismo la muerte descrita en su novela. Desde la perspectiva del creador de *El otoño del patriarca*, ¿qué reflexiones le produjo la larga agonía y muerte de Franco?

GGM: Es probable que en este caso, y hablando concretamente del proceso de la muerte de Franco, creo que la realidad superó la

¹⁷ Gabriel García Márquez, «Algo más sobre literatura y realidad», en *Notas de Prensa (1980-1984)*, ob. cit., pág. 121.

ficción, pero tienes que reconocer que la ficción fue precedente y que los dueños de Franco no dejaron esa realidad a merced de Dios, sino que ellos mismos se encargaron de manipularla. Franco tuvo una muerte que hubiera sido irreal en literatura [...]. Cuando yo empecé a planear *El otoño del patriarca* me di cuenta, primero, de que no me quería perder la experiencia que habían tenido los españoles bajo un régimen dictatorial como el de Franco y, después, no quería privarme de esa experiencia de vivir una dictadura al antiguo estilo para trabajar en el libro. El pacto que tenía conmigo mismo de no venir a España se me convirtió en un interés de signo contrario: el de venir a España a esperar que muriera Franco. Había pensado estar tres años y me quedé siete. Llegué a la conclusión de que Franco no se moriría nunca y empecé a temer que era un experimento de la eternidad¹⁸.

Ciertamente, el ámbito hispánico, sobre todo en *Nuestra América*, es propicio a la figura del caudillo, verdadero «animal mitológico de América latina», según García Márquez¹⁹, ya que «la personalidad de los individuos tiene una gran importancia, particularmente en América latina. Allí el caudillismo está dentro de la más pura tradición histórica y pasará mucho tiempo antes de que se pueda exterminar»²⁰. Esa es la razón por la que «el tema del dictador ha sido una constante de las letras latinoamericanas —afirma Gabo— desde sus orígenes, y lo seguirá siendo más a medida que se tenga una más amplia perspectiva histórica sobre el personaje»²¹.

Con todos estos ingredientes, García Márquez trata de dar una visión general del poder como actitud política de dominio, pero también como tendencia universal. El dictador es solo la extensión pública del pequeño tirano que todos llevamos dentro y con el que convivimos hasta que se pone de manifiesto. Es uno de los grandes

¹⁸ En Alfonso Rentería, ob. cit., pág. 170.

¹⁹ Entrevista de Eva Norvind para la revista *Hombre de Mundo* de 1977. Cit. en Alfonso Rentería, ob. cit., pág. 152.

²⁰ En Alfonso Rentería, ob. cit., pág. 172.

²¹ *Ibidem*, pág. 152.

misterios
puede de
tas genera
más. En l
comporta
les mitoló
len tener e
ción y van
a la vida d
partana, h
cos hasta l
cas de tod
de sus pos
que existe
personas d
sí todos los
el nepotism
entre lo pú
más de sus
No se v
aprovechan
unas copias
rest Gump

²² José Manu

la ficción fue precedente y
 realidad a merced de Dios,
 manipularla. Franco tuvo
 literatura [...]. Cuando yo em-
 cuenta, primero, de que
 habían tenido los españoles
 Franco y, después, no quería
 dictadura al antiguo estilo
 conmigo mismo de no
 de signo contrario: el
 Franco. Había pensado estar
 conclusión de que Franco no
 era un experimento de la

todo en *Nuestra Améri-*
 «animal mitológico
 », ya que «la personali-
 tancia, particularmente
 dentro de la más pura tra-
 de que se pueda exter-
 del dictador ha sido
 —afirma Gabo— desde
 que se tenga una más
 »²¹.

Mirquez trata de dar una
 política de dominio, pero
 adador es solo la extensión
 dentro y con el que
 Es uno de los grandes

de Mundo de 1977. Cit. en Al-

misterios de la humanidad, imposible de descifrar. El intelectual solo puede describirlo, asombrarse ante esa realidad y descubrir las pautas generales a través de las cuales se pone en movimiento, pero nada más. En la obra del colombiano es posible rastrear unas pautas de comportamiento que delimitan las tendencias vitales de esos animales mitológicos, asombrosamente coincidentes. Por lo general «suelen tener estrechas relaciones con su madre, participan de una ambición y vanidad desmesuradas, son megalómanos, excéntricos, dados a la vida disipada en muchos casos y en otras ocasiones a la vida espartana, haciendo del trabajo una auténtica religión. Son egocéntricos hasta límites insospechados, lo que les invita a prácticas mesiánicas de todo tipo. La mayoría se creen inmortales y viven al máximo de sus posibilidades. Casi todos [...] son conscientes de la división que existe entre el poder y el gobierno, por lo que suelen delegar en personas de confianza el ejercicio gubernamental y se reservan para sí todos los mecanismos de control de la sociedad. Practican además el nepotismo y suelen confundir con el mayor descaro las fronteras entre lo público y lo privado, gobernando el país como si fuera una más de sus muchas propiedades»²².

No se vayan todavía, aún hay más. Hemos bajado un momento, aprovechando que ha parado un poco de nevar en Bruselas, a buscar unas copias de las fotos en las que el Nobel colombiano, como Forrest Gump, posa con algunos presidentes muy peculiares.

²² José Manuel Camacho Delgado, ob. cit., págs. 172-173.

ESPASA © HOY

© Ángel Esteban-Porras del Campo, 2004
© Stéphanie Panichelli Teyssen, 2004
© Espasa Calpe, S.A., 2004

Diseño de la colección: Tasmanias
Ilustración de cubierta: del libro *La hora final de Castro*, de Andrés Oppenheimer
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 22-2004
ISBN: 84-670-1263-3

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S.A.
Complejo Ática - Edificio 4
Vía de las Dos Castillas, 33
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

SEGUNDA PARTE
EL PODER Y LA GLORIA

4.	LA TENTACIÓN DEL PODER	81
	La fascinación por el poder	82
	Vuela, vuela, palomita	87
	La senda estrecha	92
5.	ESE VIEJO GOBIERNO DE DIFUNTOS Y FLORES: EL PATRIARCA EN SU OTOÑO	95
	Patriarcas de las cuatro estaciones	102
6.	¿QUIÉN FALTA EN LA FOTO DE FAMILIA?	113
	¿Desagravio sin agravio?	121
7.	«REINA DEL CARIBE»: EL DESEMBARCO DEFINITIVO	131
	Cuba de cabo a «Gabo»	134
	Bloqueando el bloqueo: primer encuentro con Castro	139
8.	LOS CUBANOS EN ANGOLA: «OPERACIÓN CARLOTA»	149
	Angola no se queda sola	150
	Ardor guerrero: Fidel, el primero	151
	¿Una ayuda cubana o soviética?	154
	África y el Che: el arte de la despedida	157
9.	VOLÉ TAN ALTO, TAN ALTO, QUE YA NO VEO EL ASFALTO ...	163
	Por consiguiente, Felipe presidente	169
	Torrijos y sus entresijos	172
	Un nuevo aliado en su santoral: el sandinismo	176
	Poeta y profeta en su patria	181
10.	CON MÁS ROPA EN LA POPA... ..	185
	<i>And the winner is...</i>	192
	La Habana era una fiesta; Estocolmo, las peras del olmo .	195

11. POR EL
... y por
Solo el
Las fies
Ubi su

12. CARAS Y
La cara
La cara
Sobre G

13. Y LOS SU

14. ¿JUSTICIA
Los cuat
¿Y Garc

15. LOS BRAZ
La balsa
La pluma
La diásp
tre ná
Mario Va
La lanza

16. A MODO